

formas liberales efectuadas por el emperador en la constitución desde 1860 con la cooperación de los grandes cuerpos del Estado, y aprueba también el senado-consulta del 21 de abril de 1870.» A pesar de la seguridad que podía tener el gobierno de alcanzar una gran mayoría, procuró llegar hasta donde fuese posible al número de votos de 1852, y para esto necesitaba el auxilio activo é infatigable de sus empleados. Bajo este concepto no omitió Ollivier ningún esfuerzo. A los jueces de paz hizo saber que deseaba ver su entrada en los comités que en todas partes se formaban para preparar el plebiscito. También se informó solícitamente de la actitud del clero en los diferentes departamentos, y si bien solía contestar á la noticia de que algún presidente del tribunal se mostraba tibio, ó hasta hostil, que estaba en su derecho, pidió por otro lado una información oficial, con lo cual quedó dicho que este asunto tendría sus consecuencias. El mismo emperador se dirigió en una alocución del 24 de abril al pueblo diciendo que su aprobación sería una prueba de su confianza; que tenía que desarmar la revolución, y colocar el orden y la libertad sobre una base duradera y que tendría que facilitar el paso de la corona al príncipe imperial. «Hace diez y ocho años que me dísteis casi unánimemente los poderes mas latos; venid ahora en igual número que entonces para confirmar la transformación del régimen imperial... Por lo que á mí toca, fiel á mi origen, me identificaré con vuestros pensamientos; vuestra voluntad me vigorizará, y confiando en la Providencia trabajaré sin cesar en fomentar la prosperidad y la grandeza de la Francia.»

Con igual decisión se dirigió el ministerio á todos los empleados, observándoles que abstenerse de la votación y hasta votar negativamente sería ayudar á los enemigos de la organización política y nacional sobre la cual descansaba la grandeza de la Francia; que se trataba de asegurar á la patria un porvenir tranquilo, á fin de que tanto en el trono como en la choza mas humilde pudiese el hijo entrar pacíficamente en la herencia de su padre. Un comité central que tenía sus últimas ramificaciones hasta en los lugares mas pequeños, y que disponía de abundantes recursos pecuniarios, trabajaba en favor del plebiscito auxiliando eficazmente los intereses del gobierno; pero por otra parte, tampoco estuvieron ociosos los contrarios. El banquero italiano Cernuschi puso á su disposición 100,000 francos, y cuando á consecuencia de esto fué expulsado de Francia, dobló esta suma. Un manifiesto de la izquierda decía que la aceptación del plebiscito robustecería de nuevo el régimen personal y sería la abdicación de la soberanía del pueblo; que el que votara no protestaría con esto contra diez y ocho años de opresión, contra Méjico y Sadowa, contra los presupuestos elevadísimos y el gran ejército permanente y contra todo el régimen personal. Discursos exagerados que se pronunciaron en las asambleas populares, en los cuales el socialista Lermína pidió, por ejemplo, que se condenara al emperador á trabajos forzados por toda la vida, redundaron mas bien en favor del gobierno que de sus contrarios. Regresó entonces de Inglaterra Beury con objeto de poner por obra un atentado; se encontraron en su casa cartas de Flourens; á consecuencia de este descubrimiento partió Ledru-Rollin á toda prisa para Londres; una caja llena de bombas explosivas fué embargada, y todo esto llenó de temor á muchos y les decidió á votar sí. Con razón prevalecía en ambos campos la convicción de que prescindiendo de la importancia y significación directa de la fórmula del plebiscito, su verdadero sentido era éste: ¿Debe seguir el imperio ó debe dejar el puesto á la república?

El emperador personalmente mostró en aquellos dias la mayor tranquilidad, que contrastaba de un modo muy extra-

ño con la excitación de Ollivier y de otros ministros. El 8 de mayo por la noche se acostó temprano, sin manifestar temor alguno respecto de los malos resultados que dió la votación en las grandes ciudades, pues de los distritos rurales no había todavía noticias (1). Su confianza quedó al día siguiente perfectamente justificada, porque aunque en París había prevalecido la oposición, pues la votación había dado ciento cincuenta mil *noes* contra ciento diez mil *síes*, había conseguido mayoría en Lyon, Marsella, Burdeos, Toulouse, Metz y Nimes, faltando poco para que la consiguiera en Estrasburgo y en otras ciudades. El plebiscito en totalidad dió siete millones de votos favorables contra millón y medio que votaron *no* (2). Comparada esta votación con la del año 1852 resultaban para el emperador unos seiscientos mil votos menos, al paso que la oposición había ganado doble cantidad. Esto en vista de la situación era un resultado brillante, enteramente inesperado, y solo daba cuidado el hecho de que en el ejército habían resultado además de doscientos ochenta y cinco mil votos favorables, cuarenta y seis mil adversos. Los revolucionarios aprovecharon esta circunstancia haciendo una demostración delante del cuartel del Príncipe Eugenio el 9 de mayo al anochecer; mas esta demostración tuvo mal éxito, porque el regimiento cuya mitad parece que había votado *no*, dispersó á los manifestantes, y lo mismo sucedió en tumultos análogos en las dos noches siguientes. El emperador expresó en una carta dirigida á Canrobert su confianza en toda la tropa, á pesar de haber corrido voces tan alarmantes respecto de la votación de los soldados; en especial dió las gracias al general Lebrun y á sus tropas por la firmeza que habían mostrado en los citados desórdenes, y personalmente visitó en los dias siguientes diferentes cuarteles, donde fué recibido con gran entusiasmo. Es muy probable que el emperador considerara aquella votación de la tropa como un síntoma mas grave de lo que dió á entender, y parece justificada la suposición de que podía muy fácilmente aumentarse el descontento en el ejército si no le daba ocupación por medio de una guerra, si bien para esta suposición faltan pruebas.

Después de haber presentado el consejo de Estado, el senado y el cuerpo legislativo al emperador en 21 de mayo el resultado del plebiscito, se volvieron á emprender los trabajos parlamentarios interrumpidos hasta entonces, y se realizaron todavía algunas reformas liberales. Una de ellas fué anular el derecho que por la ley del 22 de julio tenía el gobierno de elegir los alcaldes fuera de los consejos municipales; al mismo tiempo se rebajó á cinco años la duración de las funciones de los consejos municipales, y se autorizó á los consejos generales y de distrito para elegir sus mesas, formar su reglamento y publicar sus sesiones. La prensa por su parte consiguió el deseado progreso de que en adelante sus delitos fuesen sometidos como en otro tiempo al jurado. En todos estos asuntos se presentó la situación del ministerio como muy segura, porque siempre que Ollivier lo pidió la mayoría se sometió á su modo de ver, aunque antes había tenido diferente opinión. En la izquierda se efectuó una división entre los miembros exaltados y los moderados, encargándose Picard de la jefatura de estos últimos, y contando cada grupo aproximadamente diez y ocho miembros. A los moderados costó trabajo resistir al otro grupo exaltado, y diciendo una vez Glais-Bizoin que se proponía formar el eslabon de unión entre los diferentes matices de la izquierda y que pensaba tomar su asiento al lado de Picard, se le dijo: «Picard

(1) Jerrold, tomo IV, pág. 442.

(2) Las cifras exactas discrepan. Enrique Martin, tomo VII, página 33, da por ejemplo 7.016,227 sí, 1.495,144 no, 112,975 papeletas inútiles y 1.813,489 en blanco.

es un traidor; no queremos á nadie que se le parezca (1).» Una carta de los príncipes de Orleans dirigida al presidente de la cámara excitó algun tanto el interés, porque pedían el levantamiento de su destierro. El marqués de Piré propuso el asunto á la cámara; Favre lo apoyó y Grevy lo combatió. Ollivier declaró que el gobierno no tenía que cuidarse de semejante asunto, porque los príncipes no se habían dirigido al emperador, pues de haberlo hecho habría merecido su solicitud un exámen benévolo. La proposición fué rechazada como lo pidió Ollivier por una mayoría de ciento cuarenta y tres votos. Cuando el diputado Mony, á principios de junio, interpelló al gobierno con motivo de la construcción de la línea férrea de San Gotardo, que debía ser facilitada por medio de ciertas sumas pagaderas por la Italia y la confederación alemana, se profirieron algunas frases belicosas en la discusión, pero fué completamente imposible fundar en aquellas sumas convenidas el menor conflicto verdadero. El mismo Gramont hizo notar que la Francia no tenía ni el derecho ni el deber de intervenir en el asunto. No obstante la interpellación dió lugar á algunas expresiones ofensivas para la Alemania, y sobre todo á una polémica violenta de periódicos, con la cual probablemente se consiguió el objeto que se esperaba, porque por lo menos se vió que el partido que excitaba á la guerra no daba por perdida su causa, á pesar del cambio ocurrido en el sistema de gobierno. No hay duda que Ollivier nada tenía que ver con este partido, y no hay derecho á dudar de su buena fe cuando declaró en 30 de junio en el debate sobre el contingente de 1871, que el gobierno en ningún tiempo había seguido una política de paz mas franca que entonces, y que la paz europea nunca había estado menos amenazada. Verdad es que los políticos mas ilusos no podían ignorar que ésta no era sino una opinión individual adecuada á las circunstancias del momento, pero que el menor suceso podía transformarla en la opinión contraria; pues desde el año 1867 era tan manifiesto el antagonismo entre Francia y Alemania, que la explosión de la guerra parecía casi como una necesidad natural. Hasta en Alemania hubo personas que se preguntaron si sería mas ventajoso apresurar los sucesos inevitables y apelar á la decisión de las armas antes de que la nueva ley militar de Francia pudiera dar todo su resultado. El conde de Bismarck no participaba de esta opinión, y decía que nadie era tan capaz de penetrar las intenciones de la Divina Providencia que pudiese calificar la guerra de inevitable. Al propio tiempo contaba también Bismarck con la posibilidad de que ocurriesen cambios en la constitución y en la política de Francia que alejaran el peligro de una ruptura (2). Deseando también el emperador Napoleon personalmente la paz, pasaron tres años (desde 1867 á 1870) sin que hubiera guerra, pero también sin que se hubiera aumentado en este tiempo la confianza en la duración de la paz, y una ojeada á las múltiples crisis que amenazaban en aquel tiempo demostrará que la suposición de que la inevitable guerra había de estallar pronto, determinó todas las disposiciones del gobierno francés.

CAPITULO XVI

LA POLÍTICA EXTRANJERA DE 1867 Á 1870

La experiencia que hizo Napoleon en el conflicto de Luxemburgo, tuvo para él el principal desengaño porque le obligó á renunciar á su esperanza de conseguir por medio

(1) *Papiers secrets*, pág. 430.

(2) Véase la circular del 29 de julio de 1870.

de la alianza con Prusia un engrandecimiento territorial de la Francia, y por medio del mismo engrandecimiento, un nuevo factor para la consolidación de su dinastía. Profunda era la desconfianza con que miraba al conde de Bismarck, al cual acusaba de doble juego por haberle hecho creer por una parte que la Prusia no tendría que hacer objeciones á la anexión de territorios no alemanes á la Francia, mientras por otro lado había hecho imposible la adquisición tan modesta del Luxemburgo. Desde entonces solo se pensó en las Tullerías en reforzarse con otras alianzas para emprender en caso necesario la guerra contra la Alemania. No por esto tenía el emperador gran deseo de lanzarse á una guerra, porque á ello se oponían su natural reflexivo, sus pade-



El duque de Gramont (según fotografía)

cimientos físicos y su convicción de que no había nacido para alcanzar laureles en los campos de batalla; pero tampoco desconocía que las exigencias de la política interior podían empujarle á arriesgarse á una guerra de conquista de la frontera del Rhin, y para esta contingencia quiso hallarse preparado directamente y asegurar también el apoyo de otras potencias.

Ya durante la crisis del Luxemburgo se había esforzado Moustier en atraerse la Rusia prometiéndole libertad de acción en Oriente; pero los alicientes que ofreció no habían sido bastantes para ganar la voluntad del czar, y durante la visita de éste á París habían ocurrido sucesos que sofocaron todas sus simpatías respecto de la Francia. Cuando en 6 de junio de 1867 regresaba con el emperador Napoleon de una revista al bosque de Boulogne, se libró á duras penas de la bala de un joven polaco llamado Berezowski, que le apuntó con una pistola de dos cañones. Con razón atribuyó Alejandro este crimen en parte á las simpatías que en Francia habían despertado los polacos, simpatías cuyas manifestaciones había tenido ocasión de experimentar varias veces, como por ejemplo cuando el joven abogado Floquet le dijo con mucho descaro por vía de saludo: *Vive la Pologne, monsieur!* El atentado dió motivo á muchas manifestaciones por este estilo; Berezowski fué celebrado por una parte de la prensa casi como un héroe, y treinta y seis abogados solicitaron el favor de encargarse de su defensa. Los jurados, no pudiendo absolver al criminal, le reconocieron circunstancias atenuantes. Si á esto se agrega que el czar tenía